

BIBLIOTECA



Imagen de Xangō

Thomas Mann en una hamaca frente al mar*

Comentaba no hace mucho Emilio Lledó que el gran problema de nuestro tiempo es poder pensar, porque para eso es necesario tener un alma navegable y una mente fluida, no apelmazada y encastillada. Leyendo los ensayos de Thomas Mann (1875-1955) seleccionados y traducidos por Genoveva Dieterich, intuimos que el acto de pensar, la posibilidad de poder hacerlo, nunca ha sido fácil. Siempre ha tenido que abrirse paso frente al inmovilismo de un sentimiento tan ingenuo como amenazador: el miedo, «un miedo que a menudo es tendencioso y que, en este caso, ni siquiera es sincero. Muestra su rostro derrotista siempre donde la vida avanza y solicita nuestra confianza con las nuevas necesidades que plantea». Así analiza Thomas Mann el conservadurismo cultural de la burguesía alemana de principios de siglo XX en su *Discurso sobre el teatro*, ensayo que abre la presente recopilación. Mann, en este discurso pronunciado con motivo de la inauguración en 1929

de los festivales de verano de Heidelberg, insiste en un concepto que recorre la presente recopilación y que se manifiesta también como uno de los temas centrales de sus novelas: la nación espiritual. El autor de *Los Buddenbrook*, *La muerte en Venecia* y *La montaña mágica*, elige, frente a la corriente romántica, la perspectiva de un «narrador de ideas» que levanta el itinerario de una meditación conceptual en lugar de una personal visión del mundo. Su obra narrativa gira en torno a la discusión y figuración de conceptos culturales más que a la creación de un mundo propio. Pone en juego actitudes y discusiones dentro de una problemática no personal sino cultural y nacional. Es la misma mano la que escribe estos ensayos, pero en este caso tan cerca del corazón como de la mente al liberarse de las estructuras arquitectónicas propias de sus novelas. Escritos entre 1929 y 1955, el mismo año de su muerte, por puro placer o por encargo, y en situaciones muy diversas, nos acercan a una faceta del premio Nóbel alemán muy poco conocida en España. Poco hemos leído de Thomas Mann por aquí más allá de su talla «descomunal» como novelista europeo de principios de siglo. Y aquí se nos presentan unos ensayos que, en algunos casos, nos acercan más a su persona, a su pensamiento íntimo y a su vida que cualquiera de sus magníficas novelas.

* Ensayos sobre música, teatro y literatura, *Thomas Mann, Selección y traducción de Genoveva Dieterich*. Alba Editorial, Barcelona, 2002, 332 pp.

En el texto citado anteriormente, *Discurso sobre el teatro*, nos encontramos ya con uno de los perfiles de la personalidad que, junto con la austera ética protestante, prefiguran el talante del hombre que se esconde tras la voz narrativa de sus novelas: la vena sensual y estética procedente de su madre, perteneciente a una familia de plantadores de raíces lusobrasileñas. Mann concibe el teatro como fiesta y juego, una concepción de lo humano basada en la liberación del cuerpo, una vivencia fisionómica, espiritual y física a la vez: «Creo que el teatro es la patria de toda espiritualidad sensual y de toda sensibilidad espiritual». Frente a esta visión del fenómeno teatral analiza el miedo de aquellos «vigilantes» que condenan el abandono y la desacralización de la escena: «El conservadurismo cultural es miedoso o simula serlo. Manifiesta una falta de fe en la vida que no le honra. Insiste en el desorden, porque no cree en ningún orden capaz de reconocer algo superior a él».

A continuación, Genoveva Dietrich recopila textos en los que el autor rinde homenaje a las influencias más importantes de su personalidad artística: Goethe, Fontane, Tolstói, Dostoievski, Chéjov o Richard Wagner, de quien afirmó en otra ocasión deberle a él más que a ningún otro escritor la composición arquitectural de sus novelas.

No se trata, de todos modos, de textos concebidos simplemente

como agradecidos homenajes. Aparte de la gratitud, de la deuda intelectual o moral, Mann, asumiéndolo también como necesidad personal, indaga en el temperamento, voluntad y existencia espiritual de las personalidades mencionadas. Por ejemplo, Theodor Fontane, el gran narrador alemán de finales de siglo XIX, autor de siete novelas a los sesenta años, entre ellas la más conocida *Effi Briest*, retratado como un «anciano clásico», una de esas naturalezas para las que la edad avanzada es la única adecuada, llamados a representar las virtudes ideales de esa etapa de la vida: «A éstos pertenece Fontane; y todo hace pensar que él lo sabía y que tuvo prisa por envejecer para ser viejo el mayor tiempo posible». Richard Wagner, de quien analiza la composición y estructura de *El anillo del Nibelungo* a raíz de un concepto acuñado por el propio Wagner como la fuerza de la capacidad engendradora: «La primera voluntad artística no es otra cosa que la satisfacción del instinto nato de imitación de aquello que actúa con más atractivo sobre nosotros». Las «muy difíciles y desfavorables» condiciones en que Tolstói escribió *Ana Karenina*, a la que Mann considera la máxima novela social de la literatura universal y a la vez escrita contra la sociedad.

Por otro lado, la invitación a escribir la introducción a una edición de las novelas cortas de Dostoievski,